

Rosario Misionero

Arder la vida para encender a otros

“Un hombre del pueblo de Neguá, en la costa de Colombia, pudo subir al alto cielo. A la vuelta contó. Dijo que había contemplado desde allá arriba la vida humana. Y dijo que somos un mar de fueguitos. El mundo es eso – reveló – Un montón de gente, un mar de fueguitos. Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman, pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca se enciende”.
(E. Galeano, El libro de los Abrazos)

Este cuento de Eduardo Galeano nos ayuda a situarnos en este Octubre Misionero que además coincide con este Centenario de la Provincia Bética de los Misioneros Claretianos. ***Arder la vida para encender a otros*** es el deseo que debe estar dentro de cada uno de nosotros. Arder la vida con ganas, dejarse prender por la Misión para que quien se acerque a nosotros sienta encenderse en su interior las ganas de anunciar la Buena Noticia, por contagio, por entusiasmo, porque no podemos dejar de hacerlo, porque lo necesitamos como necesitamos respirar y vivir, porque sin esto no tendría sentido nuestra vida ni nuestra misión. Eso es lo que vivió e hizo realidad San Antonio María Claret.

Todos somos fueguitos, como nos recordaba Galeano, y todos hemos sido encendidos cuando nos acercamos al Señor, cuando dejamos que El nos prenda y nos haga sentir el calor de su Amor, de su Paz, de su Vida y su Verdad. Cuando nos dejamos encender por El nuestra vida se ilumina e inunda de luz los caminos de la vida y podemos descubrir entonces las injusticias, las violencias, la mentira, la opresión y tantas situaciones que hacen que el mundo no avance por donde Dios quiere; y ese fuego, nuestro fuego, si arde con ganas podrá quemar esas hojas secas que producimos los hombres, las hojas secas de la marginación, del miedo y de las falsas seguridades, las ramas secas de la falta de compromiso o de la vida a medias.

Y de ese modo prepararemos los nuevos brotes, la vida nueva que surge siempre en la primavera, en el amanecer del camino que lleva a la resurrección. Y María, la que guarda el fuego del Amor en su vida, la que nos enseña a avivar el fuego, nos acompaña en este camino. Lo haremos desde la Palabra, desde el encuentro con Él, porque la Palabra es y tiene que ser aquello que nos mueva de nuestras seguridades, que nos remueva de nuestra tranquilidad y nos conduzca hacia el anuncio y el testimonio de vida. Pero la Palabra no es posible, sin un anuncio, sin un encuentro con Él, para que, como nos recuerda María, hagamos lo que Él nos diga.

A ella la saludamos cantando

Canto

1º Misterio: La Encarnación del Hijo de Dios en el seno de María

“...El Ángel entró en su casa, la saludó, diciendo. ¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo...No temas, María, porque Dios te ha favorecido. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús... El Espíritu Santo descenderá sobre ti...María dijo entonces: Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho. Y el Ángel se retiró...” (Lc 1, 28-38)

Reflexión

Anunciar la Vida

Anunciar, dar una Buena Noticia, comunicar a otros la alegría que nos inunda por dentro es la misión principal a la que estamos llamados. En un mundo de la información donde, tantas veces, nos sentimos inundados de noticias, en las que todas parecen lo mismo y en las que interesa lo más llamativo nosotros estamos llamados a anunciar de otro modo - sin titulares- con nuestra vida, y otra noticia, la Buena Noticia del Señor.

El Ángel le decía a María, Alégrate, y nosotros ¿que le decimos a los demás? Miremos a lo profundo de cada uno y revisemos como es nuestra vida, ¿somos Buena Noticia gratuita, esperanzada, comprometida o tal vez nuestra vida es un titular más, llamativo a veces, pero poca cosa no por humildad sino por falta de compromiso?

En ello nos jugamos nuestro ser de misioneros, nuestro mundo necesita esa Noticia, que sirva de lluvia en el desierto de la vida, porque hoy no podemos quedarnos indiferentes cuando vemos, como El lo hizo, que muchos caminan sedientos por el desierto “...y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores...”¹. Tal vez, en la vida de muchos de nosotros, como en la del pueblo que acompañamos, se extendieron los desiertos interiores en un proceso desertificador como el que afecta a la Tierra, falta del agua de la vida, de la fe, del compromiso y la solidaridad. Hemos derrochado los talentos recibidos y nos hemos vuelto ignorantes del lugar del que brota y surge esa agua de la Vida, la Cruz o lo que es lo mismo la entrega generosa. Hemos dado tantas noticias que tal vez no sabemos encontrar la Buena Noticia. Por eso tenemos que preguntarnos y respondernos, porque nuestra tarea es vivificar esos desiertos, sembrar con la Palabra y permitir que la esperanza florezca en medio de nuestro mundo.

En esta tarea no estaremos solos porque el Espíritu no dejará que ese esfuerzo unificador del mundo de hoy, en el que tendemos a emparejarlo todo, a hacer todo uniforme, a masificarlo todo, elimine la diversidad. El Espíritu nos ayudará a que la Buena Noticia, el Anuncio se extienda y haga surgir semillas diversas en las selvas marginales de nuestra sociedad que son el pulmón de la vida humana, frente a un jardín demasiado organizado y uniforme, controlado y casi de invernadero en el que casi nos hemos acostumbrado a vivir. Dejar que el Espíritu nos ayude a ser Buena Noticia será abrirnos a la imprevisibilidad de la vida y no depender solamente de lo planificado, de lo previsible, de lo esperado.

Y esto es dejar abierta la puerta de nuestra vida al soplo de Dios, que revuelve todo nuestro orden para colocar nuestra vida como El quiera y abierta a quienes El quiera. María sabe de eso, de lo que supone dejar que Dios entre, de cómo reordena todo para ordenarlo en una dirección, la del Amor y el compromiso con la historia de salvación que va escribiendo a través nuestra.

Por eso la Palabra del Anuncio es fecunda, y por eso también nuestra palabra y nuestro servicio a ella debe serlo, porque la fecundidad evangélica encuentra en cada cultura un espacio único que hace posible, desde valores propios, el encuentro con el Dios de la vida. Como Iglesia, como comunidades misioneras, hemos de defender esa diversidad, esa identidad de cada pueblo y esforzarnos por encarnar el Evangelio para que de frutos de vida, que puedan contrarrestar esta cultura de la muerte en la que quieren hacernos vivir.

¹ Agencia ZENIT, Papa **Benedicto XVI**, *Homilía de Inauguración del Pontificado*.

Desde ese punto central de nuestra vida que es Cristo hemos de anunciar ese Evangelio con la palabra y con la vida, teniendo presentes que *“...nuestra misión no consiste en decir muchas palabras, sino en hacernos eco y ser portavoces de una sola Palabra, que es el Verbo de Dios hecho carne por nuestra salvación... No hemos sido enviados a anunciarnos a nosotros mismos o nuestras opiniones personales, sino el misterio de Cristo y en él, la medida del verdadero humanismo...”*². No podemos entrar tampoco en la competencia, el marketing para ganar adeptos. Nuestro futuro y nuestro presente pasan por el origen del encuentro con Jesús que los apóstoles son capaces de experimentar, a partir de ese orar, escuchar la palabra, compartir el pan y comprometerse con los pobres, siendo solidarios unos con otros, que nos recuerda Hch 2, 42-47. Este estilo de vida supo ser atrayente siempre, “miren como se aman”.

Desde este anunciar a Cristo es desde el que hay que entender el mundo en el que nos insertamos. A veces, la tolerancia tan presente en esta época post-moderna nos puede llevar a pensar en trabajar en nuestra pequeña finca, olvidando que fuimos enviados a la gran viña del Señor, que fuimos hechos y constituidos pescadores de hombres, de todos los hombres no de algunos no mas.

Por eso nos recordaba el Papa como *“...muchos señalan la tentación de pensar con respecto a los demás de esta manera: Pero, ¿Por qué no los dejamos en paz? Tienen su autenticidad, su verdad. Nosotros tenemos la nuestra. Por tanto, convivamos pacíficamente, dejando a cada uno como es, para que busque del mejor modo posible su autenticidad. Pero, ¿Cómo podemos encontrar nuestra autenticidad si realmente en lo más profundo de nuestro corazón existe la expectativa de Jesús, y la verdadera autenticidad de cada uno se encuentra precisamente en la comunión con Cristo, y no sin Cristo? Dicho de otra manera, si nosotros hemos encontrado al Señor y si él es la luz y la alegría de nuestra vida, ¿estamos seguros de que a quien no ha encontrado a Cristo no le falta algo esencial y de que no tenemos el deber de ofrecerle esa realidad esencial? Luego dejemos al Espíritu Santo y a la libertad de cada uno lo que suceda. Pero, si estamos convencidos y tenemos la experiencia de que sin Cristo la vida es incompleta, de que falta algo, la realidad fundamental, también debemos estar convencidos de que no cometemos ninguna injusticia contra nadie si le mostramos a Cristo y le ofrecemos la posibilidad de encontrar así también su verdadera autenticidad, la alegría de haber hallado la vida...”*³.

Y una vez que hemos anunciado, sembrado y vivificado seguir haciendo lo mismo en otras partes, como el Ángel que se retiró después de su anuncio, el protagonista no era él, sino Ella, María, y Aquél a quien ella llevaba dentro, Jesús. Salir al camino para caminar con Él.

Canto:

2º Misterio: La visitación de María a su prima Isabel

“...María partió y fue sin demora a un pueblo de la montaña de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Apenas ésta oyó el saludo de María, el niño saltó de alegría en su seno e Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó: tu eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!...Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor...” (Lc. 1, 39-45)

Reflexión

2

Benedicto XVI, Discurso a los presbíteros y diáconos de la diócesis de Roma, *Basílica de San Juan de Letrán* viernes 13 de mayo de 2005.

3

Benedicto XVI, Discurso a los presbíteros...

Visitar es ponerse en camino

Visitar, como lo hizo María, es ponerse en camino, y en nuestro mundo es una invitación a una nueva forma de estar en el mundo sin ser del mundo. Este mundo volátil y portátil, fast, *fashion* y *light* nos permite vivir nuestra identidad de caminantes peregrinos junto a El, que no tiene donde reclinar la cabeza (Lc 9,58). En ese camino, recuperando una antigua tradición de la Iglesia, que se identifica a sí misma como una comunidad peregrina Hb 11,13; emigrante 1 Pe 2,11; de paso 1 Pe, 1,7 o extranjera, sin tierra Ef 2,19) Dios se nos revela, en este peregrinar hasta la Pascua, que significa una caminar hacia las afueras de las ciudades, de nuestras seguridades, que relativiza nuestras bolsas de valores y nuestras alforjas de conocimientos (Lc 10,4), que doblaga lo que es rígido, calienta lo que es frío y dirige lo que está extraviado.

Es una invitación a seguir siendo Iglesia Peregrina de Dios, sin los atascos propios de las ciudades en las que vivimos, que responde con sencillez a las complicaciones del mundo, que va donde el Señor de la Historia le envía. Una invitación a aprender a convivir con más preguntas sin perder la paz, sabiendo dar razón de nuestra esperanza, sin ansiedades por encontrar la respuesta para todo.

Caminar es comprometerse, caminar al encuentro del compromiso, de la tarea, de la ayuda. Si no nos comprometemos en nada ni con nadie, nuestras opciones no tienen una proyección futura ni un anclaje en un camino transitado por otros anteriormente y tal vez por eso no queremos hacernos responsables de lo que pueda ocurrir mañana. Tal vez es por esto que nuestros políticos mienten tan tranquilamente y prometen lo que saben que no pueden dar. O tal vez por eso nuestros jóvenes no se animan del todo al compromiso, al salir de los refugios personales, seguros y cómodos, por el miedo a enfrentar los caminos del mañana, que nos llevan al encuentro con los otros y con el Señor de la vida.

Y también por esto hemos de analizar nuestra vida. Nos hemos puesto en camino, como María, nos hemos acercado a la necesidad, como Ella pero a pesar de eso, de nuestra inserción seguimos sin levantar vuelo, sin darle a la caza alcance, parafraseando a los místicos *"...y volé tan alto, tan alto, que le di a la caza alcance..."*, volando bajo. Como Iglesia peregrina e inserta, comunidades misioneras en transito, hemos de revisar en nosotros esa poca capacidad de compromiso continuada y en cosas concretas y pequeñas, es decir una fidelidad que no es demasiado fiel, esa sospecha ante las realidades que nos comprometen al futuro, que desafían lo transitorio, lo perecedero. Nuestras comunidades son unas líneas más de esa hermosa historia que es la de la Salvación, unos pasos en el camino transitado por la Iglesia y por el mundo, descubriendo los pozos de agua que sacian la sed de tantos y de estas fuentes ha extraído la energía y la fuerza necesaria para continuar cruzando el desierto en que muchas veces se convierte la vida. Perder estas fuentes, perder estas raíces es perder la experiencia fundante de Dios en cada uno de nosotros y dejar que solamente la letra y no el Espíritu sea quien se enseñoree en nuestra vida.

Este mundo que vamos viendo contempla a caminantes que van en búsqueda, a quienes como María salen al encuentro del necesitado, pero también provoca el fenómeno de las grandes migraciones, constantes e imparables. Gente que tiene que ponerse en camino, sí o sí, obligados por la necesidad, empujados por la ausencia de aquellos que podrían ayudarlos. El espejismo del Primer mundo provoca un éxodo maldito desde el tercero, ansiosos por entrar en ese mundo que las vidrieras de la injusticia anuncian desde el mundo rico y que se repite a pequeña escala en nuestras regiones. Los del campo quieren ir a la ciudad, los de la ciudad pequeña a la grande, los de los países y regiones pobres a los países y regiones ricas.

Salir como salen tantos, como sale María. También nosotros en nuestras comunidades experimentamos los efectos de esas migraciones. La llegada de grandes grupos que pierden sus raíces culturales y religiosas y que necesitan de nosotros para poder enraizar de nuevo. También nosotros tendremos que preguntarnos ¿quien necesita de mí? ¿Que tengo que dejar atrás para salir al encuentro de quien se vio obligado a dejarlo todo?

Y cuando nos preguntamos esto surgen dos opciones ante las que nos situamos, la “comodidad” de ir o la “incomodidad” de la profecía de la Tierra prometida. Esto dicho sin ningún ánimo de crítica, porque no es que vivamos en la comodidad en nuestras actividades, que nos exigen entrega, esfuerzo, dedicación y sacrificio, sino referido a la incomodidad de lo desconocido, de lo que no sabemos como será, de lo por venir. Por eso es salir de “nuestra tierra”, de lo que “conocemos” y “sabemos”, de lo que “sabemos hacer muy bien” y empezar, todos, a caminar por otras sendas, sin saber muy bien como y recordando que el problema no será “...ver si en cada comunidad tenemos unos cuantos profetas esforzándose por mantenerse activos bajo el peso muerto del pasado. El problema es si tenemos ahora comunidades proféticas que en conjunto sean un signo de esperanza, donde ni la edad ni el número...estorbe su llamamiento o suprima sus voces, donde ni el quietismo ni la desesperación oscurezcan los modelos alternativos que deben ofrecer, en cada época, a un mundo necesitado de alternativas...”⁴ y esto es lo primero que el mundo espera de nosotros, lo que los jóvenes buscan, comunidades proféticas, profundamente espirituales, orantes y sobre todo signo, que hagan cosas significativas de una manera significativa, porque el problema ahora es nuestro propio compromiso, no las estructuras, las reglas, etc.

No compromisos individuales sino comunidades con fuerte carisma, que desde la experiencia comprometida de cada día vayan descubriendo todo esto y de abajo hacia arriba vayan enriqueciendo la vida de la congregación y de la Iglesia⁵. No profetas sueltos (que tan necesarios siguen siendo en nuestro mundo de hoy) que van por su cuenta sino comunidades que con su estilo de vida sean capaces de transmitir la esperanza necesaria para enfrentar la dura realidad de aquellos que se sienten desesperados y luchar con ellos desde el amor y la cercanía.

Hay que saber ponerse en búsqueda. No deja de resultar paradójico, que a quienes el Señor llama a salir de “su tierra” para conducirlos a la tierra prometida deban buscar esa tierra. Tal vez Dios guarda para cada uno y una de nosotros, un terrenito prometido, una Canaán particular que debemos saber buscar desde nuestra capacidad y desde nuestro propio ser.

Por eso en nuestro mundo, la Iglesia Misionera, nuestras comunidades misioneras, deben ser portadoras de ese Evangelio que nos muestra que el don de la fraternidad suscitado por el Espíritu no tiene fronteras. Una Iglesia que es familia, comunidad acogedora, defensora de la vida y de los DD HH, servidora de los pobres, y como María, la Virgen Madre, atenta a los signos de los tiempos.

Hay que mirar también a la experiencia de los apóstoles cuando son enviados en la barca a esperar a Jesús en

4

Hna. Joan Chittister, benedictina de Erie, Pasadena, EEUU, “*Vida Religiosa hoy*” publicado en el «National Catholic Reporter» del 21 de febrero de 1992, pp. 14-15, como una interpelación a los religiosos católicos. Resumen y traducción de Francisco Ornelas Gutiérrez, s.j. También se encuentra en Rev. Latinoamericana de Teología, n 36, que pueden consultar en www.koinonía.org

5

Porque como nos señala **Francisco Taborda**, en “*Vida Religiosa e inculturación. Reflexiones Teológicas*”, Rev. Latinoamericana de Teología, n 44, al hablar de la inculturación pero que podemos extender a estos nuevos caminos que tendremos que descubrir, esto “...no es algo que ha de ser creado en los «laboratorios» de una Curia o de un Capítulo General. Es, por definición, particular y, por eso, tiene que partir desde abajo, de las bases de la Vida Religiosa, de aquellos que están en contacto cotidiano con la cultura distinta de la tradición occidental que en general impregnó el espíritu y la letra de nuestras Constituciones y tradiciones. La experiencia es algo fundamental en la inculturación. La experiencia se vive en lo concreto. La cúpula puede (y debe) establecer las líneas generales y discernir las experiencias. Pero la re-creación de la Vida Religiosa a través de la inculturación se da en las bases de la misma, donde personas de diversas culturas se encuentran y oyen la interpelación mutua que les viene de las diferentes tradiciones. El portador del Evangelio (hasta ahora inculturado en la cultura occidental) encuentra las semillas del Verbo esparcidas con abundancia en las otras culturas, que cuestionan lo que él hasta ahora consideraba como la única forma válida de vivir e interpretar el Evangelio...”

la otra orilla, camino de la cual, el viento y el oleaje hacen que la barca esté a punto de hundirse, situación de la que Jesús los salva con su aparición caminando sobre las aguas (Mt 14, 22 – 35 y Mc 6, 45 – 56)⁶.

Es un texto, el de San Mateo, que nos permite reflexionar sobre nuestra inserción y nuestra itinerancia, porque también nosotros hemos sido enviados a la otra orilla. Nos hemos encontrado con Jesús, hemos estado con El y nos ha enviado a la otra orilla después de haber sido testigos de la multiplicación, del poder de la solidaridad en el compartir lo poco que tenemos con aquellos que aun tienen menos. En la otra orilla podremos hacer lo mismo, compartir, pero es una zona que no conocemos salvo de oídas y a la que queremos ir, pero en la que al mismo tiempo nos da miedo estar. Tal vez los apóstoles, temerosos ante la aparente ausencia de Jesús y con viento en contra, no sienten ahora las fuerzas y las ganas que tenían al subirse a la barca, inflamados todavía por el milagro multiplicador del que habían sido testigos privilegiados y resonando aun en sus oídos las palabras de vida escuchadas a Jesús.

Es, también una situación parecida a la de los exploradores del pueblo de Israel (Núm 13, 25 y ss) ante el encuentro con la Tierra Prometida: son enviados, exploran y constatan la riqueza de la tierra, que mana leche y miel. Ellos mismos lo comprobaron y tenían deseos de ir a apoderarse de esa tierra, pero esos deseos desaparecen porque según dicen la habitan gigantes, a cuyo solo recuerdo nos asalta el miedo, cuando en realidad nuestro temblor y temor tendría que ser ante las injusticias que nos encontramos.

Visitar la otra orilla, vivir insertos en el mundo marginal de hoy, en la frontera, en los pueblos alejados no supone vivir aislados de la complejidad en la que se desenvuelve el mundo en que nos movemos y existimos, sino tomar conciencia que lo hacemos desde una opción parcial y que nos hará situarnos de manera diferente ante los diversos aspectos que podemos señalar como más destacables. Es una Iglesia a la que salpican e inundan las olas de este mar revuelto que es el mundo de hoy, azotado por las tormentas y los vientos. Estamos en el mar, no en el puerto de la orilla. Como los israelitas, hemos enviado exploradores, pequeños grupos que viven en medio de esa tierra pero tememos entrar del todo porque *“parecemos langostas” al lado de ellos.*

6

El Papa **Benedicto XVI** utilizó esta reflexión, siendo aun Cardenal, en la meditación de la 9 Estación del Vía Crucis del año 2005, cuando señaló que *“...frecuentemente tu Iglesia nos parece una barca a punto de hundirse, que hace aguas por todas partes. Y también en tu campo vemos más cizaña que trigo. Nos abruman su atuendo y su rostro tan sucios. Pero los empañamos nosotros mismos...”*

La tierra que nos toca visitar es un desierto, en el que, como siempre, abunda la vida si se sabe descubrir, pero para llegar a él, hemos de subir a la barca y abandonar las seguridades de la orilla, de la tierra firme; hay que ponerse en camino, abandonar la “casa” y salir al encuentro de quien necesita de nosotros, como Isabel de María, como hizo Ella al encuentro de la necesidad. Y esto tiene que traducirse concretamente en un salir de nuestros lugares sociales y teológicos tradicionales, no solo en un cambio de estructuras⁷. Salir al desierto para encontrarse con aquellos que caminan por él, a esos desiertos de los que hablábamos antes, no es algo indiferente para Cristo y tampoco debe serlo para nosotros. Por lo tanto hemos de salir, Él nos indica (Mt 14, 22), como a los apóstoles, a ir delante de Él, a salir de la orilla, cruzar el mar tenebroso y violento, para llegar a la otra orilla, desconocida y misteriosa, pero en la que es posible encontrar el oasis de la vida, donde es posible encontrarse con Él, porque “*irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis*” (Mt 28, 7), para acompañar a otros a ese encuentro con Aquel que nos busca y nos encuentra, que nos espera y sale al camino para pedirnos de beber, teniendo así la oportunidad de poder confrontar nuestra vida con la Vida.

- Si los desiertos exteriores se multiplican porque se extienden los desiertos interiores, como sentimos esto en nuestra vida personal y comunitaria?
- Nosotros como comunidad misionera, podemos reflexionar este texto de Mt 14, 22-35 y sentimos enviados a la otra orilla, sentir que a veces Jesús parece no estar en medio de nosotros y tenemos miedo. Ahora bien, cuales son esos gigantes con los que nos vamos a encontrar? Sería bueno que los señaláramos después de tener un rato de reflexión sobre este texto de San Mateo contemplado desde la óptica de la inserción entre los pobres.

Canto

3º Misterio: Jesús nace en el portal de Belén

“...Mientras se encontraban en Belén, le llegó el tiempo de ser madre: y María dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue...y apareció de pronto una multitud de ángeles que alababan a Dios diciendo: Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres amados por Él...Y los pastores se decían unos a otros: vayamos a Belén y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha anunciado. Fueron rápidamente y encontraron a María, a José y al recién nacido acostado en el pesebre...” (Lc 2, 6-7.13.16)

Reflexión

Aprender a mirar lo chiquito

Reflexionar sobre el nacimiento de Jesús es una invitación a la esperanza. María, como todas las mujeres, nos enseña a esperar, como esperaron de todos nosotros durante nueve meses a que naciéramos y a

Ignacio Ellacuría, “*El lugar social de la Iglesia*”, Misión Abierta, Febrero, Madrid 1982, aunque ya tiene algunos años este artículo plantea la recuperación del auténtico lugar social de la iglesia, que son los pobres y allí donde los pobres están, pero sobre todo hace una alusión muy interesante a la recuperación del “*locus theologicus*”, del lugar teológico, que son los pobres y desde ellos es el lugar desde “*el que se escucha la palabra de Dios, se leen los signos de los tiempos, se buscan respuestas e interpretaciones y se hacen proyectos de transformación*” y esto hay que traducirlo en cosas concretas, por ejemplo vivir con ellos y entre ellos, porque a veces hasta los mismos que escribimos esto lo hacemos desde nuestra computadora, nuestro despacho, en nuestra casa “aislada” del ruido para reflexionar mejor acerca de aquellos entre quienes tendríamos que hacerlo.

pesar de los malos ratos que seguro les dimos, siguieron esperando, como esperaron a vernos crecer, a educarnos con paciencia, a enseñarnos a ser lo que hoy somos, sin desanimarse por muy difíciles que hayamos resultado. Ellas aprendieron a mirar en lo chiquito que éramos nosotros, en esa semilla aprendiz de árbol que prometíamos ser y nos alentaron y avivaron el fuego de nuestro futuro apenas anunciado en esa pequeña brasa que fuimos en nuestro nacimiento.

Por eso también es aprender a mirar lo chiquito, que en este mundo que tiende a la globalización puede traducirse en fijarnos más en lo local, sin perder de vista lo global, pero fijando nuestra atención en lo más concreto. San Pablo sabía que tenía que anunciar la Buena Nueva y hacía sus planes, pero lo más importante era la comunidad donde estaba en ese momento. Jesús sabía que tenía que ir a Jerusalén, que esa era la meta del camino, pero “*de camino*” se quedaba ahí, en ese pueblito anunciando la Buena Nueva. El P. Claret hizo del estar en camino un estilo de vida propio, siempre buscando donde poder servir más y mejor. Jesús nos llamó a ser “*pescadores*” de hombres, pero nunca dijo con que teníamos que hacerlo y durante años se nos ocurrió que era mejor con redes. En este mundo globalizado, tal vez tengamos que aprender a ser pescadores con caña. Pacientes, observadores y poco acaparadores, sacaremos los peces de uno en uno.

De lo universal a lo pequeño, esa semilla evangélica de la que hablábamos en el Anuncio, ha sabido ir sembrándose en muchos lugares, situaciones diversas, de la mano de hombres y mujeres siempre en camino, como Claret y como tantos y tantas misioneras y misioneros, claretianos, laicos y laicas que en estos años han sido y siguen siendo instrumentos de Dios para esta tarea. La globalización que todo lo uniforma y unifica, bajo la publicidad de una mejor comunicación, de una mejor colaboración, de una mejor distribución en realidad supone la muerte de lo diferente, de lo pequeño, de lo original y distinto, de la diversidad de la vida que se muestra en cada uno de nosotros, regalos únicos e irrepetibles de Dios en el mundo.

Este proceso de globalización económica, cultural, ideológica, produce la integración de los mercados y la uniformidad de los patrones de pensamiento, consumo y producción. Educación y salud, transporte y vivienda, trabajo y descanso son tratados como bienes de consumo. Las redes de comunicación y las grandes entidades financieras no tienen un compromiso con el futuro de la humanidad. Los patrones de consumo que estimula la globalización no son para todo el mundo ni para mucho tiempo. Mientras unos pueden elegir el pan nuestro de cada día en una Boutique del Pan otros esperan un pan duro en la fila de los organismos de caridad o de una ONG, como nos dice Paulo Suess.

En un mundo globalizado el prójimo es visto como un cliente, o como sujeto de deseo y de lucha, los pobres no son clientes con cuenta en el banco o correo electrónico, por lo tanto no cuentan. Es un mundo donde ya no somos hermanos sino clientes o no clientes. Y nosotros hemos de ir al encuentro de un mundo que muchas veces, hoy resulta hostil, que se confiesa cristiano en sus expresiones pero no en sus hechos, que valora lo aparente, lo que tenemos, lo que sabemos y lo que podemos y no lo que somos.

Frente a la mala noticia de la globalización y las palabras mágicas que abren la puerta al abismo del egoísmo en que puede convertirse este sistema injusto: flexibilización, privatización, aglomeración, acumulación y dependencia, desde nuestra opción por Cristo, desde nuestro ser misionero encontramos otras cinco palabras mágicas que nos abren la puerta al Amor y a la Vida, y que siempre son una buena noticia: el camino, la comunidad⁸, la gratuidad, el compartir⁹ y el protagonismo. Es un llamado a la solidaridad universal, a hacerlo desde la pequeñez, la pobreza, la entrega generosa hasta de la propia vida, es el llamado de los ángeles a los pastores que les invitan a ver al Niño, es el llamado que, a

⁸ NMA, nn 83 y ss.

⁹ Ib. 38-39

veces, algunos ángeles de andar por casa nos hacen para que vayamos a ver al Niño en los portales de las calles, donde pasan la noche porque no hay lugar para ellos en el albergue.

También la Iglesia y nuestras comunidades saben de globalización, entendida correctamente y lo fuimos viviendo durante siglos dentro de la Iglesia, aunque con otro nombre, la unidad en la diversidad, como la riqueza carismática del Espíritu que fue tomando formas en tantos grupos de hombres y mujeres que intentaban, y siguen intentando, responder con su entrega generosa a distintas situaciones de la vida y de la historia, ante las cuales el Espíritu suscitaba nuevas formas, pero siempre manteniendo esa unidad en la diversidad que tiene que constituir la Iglesia, siempre manteniendo esa eclesialidad en su vida cotidiana, en su predicación y en su entrega, caminos diversos hacia el único Amor, el de Dios.

Pero ahora hemos de descender aun más, como los pastores ante el pequeño pesebre, como los Reyes que buscan al que es luz en medio de la noche, como aquellos que supieron encontrar al Niño Dios porque supieron mirar hacia abajo, hacia lo pobre, hacia lo casi invisible.

La situación en la que nos movemos no es ya la misma que hace cincuenta años. Entonces, como anteriormente, el problema de la inculturación planteaba como hacerlo en países concretos, en zonas geográficas amplias pero similares, donde teníamos que hacer esfuerzos por traducir nuestro carisma, nuestra Buena Noticia a esa realidad cultural en la que nos movíamos y manteniendo una “*identidad*” en nuestras obras que nos diferenciaban de “*otros*”. Hoy en un mundo tan cambiante, ese mismo proceso nos pide ir redimensionando nuestras pastorales y nuestras actividades¹⁰, nos pide una encarnación en nuestros barrios, parroquias, grupos.

Y hablar de la inserción supone preguntarnos por la opción desde la cual iniciamos esa inserción, ese abajamiento, esa cercanía con lo pequeño. Nuestro modelo es Jesús y por eso nuestra opción tiene que ser la de los pobres y en especial los que podríamos llamar los pobres del Sur, entendiendo por sur a todos aquellos que se sienten excluidos, marginados e ignorados. Porque ellos son, en palabras del P. Libanio, la “*metáfora del sufrimiento humano causado por el capitalismo*”¹¹, o como dijo Juan Pablo II la “*gigantesca parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro...*”¹² en la que vivimos a diario y en el que la globalización engendra a la exclusión social en la que se ven arrojados cada día miles de hermanos y hermanas nuestros, con todo lo que de marginación, opresión, injusticia e insolidaridad llevan aparejados y ante los que, como Iglesia, nuestras comunidades y nosotros mismos no podemos quedarnos indiferentes, ya que es un pecado social de enormes magnitudes, que se genera en estructuras sociales y económicas de pecado, que llevan a situaciones de pecado. Y es desde este mundo de la exclusión, en el que la mística de la cruz, la vivencia diaria de la crucifixión múltiple en la que viven nuestros hermanos nos lleva a nosotros a trabajar como discípulos del Crucificado y seguidores del Resucitado, puesto, que “*...que el mundo se salva por el Crucificado y no por los crucificados. El mundo es redimido por la paciencia de Dios y destruido por la impaciencia de los hombres...*”, aunque a veces parezca lo contrario.

Esta mirada desde la que ver el mundo es similar a la del Profeta Amós 2, 6-8; 6, 4-6; 8, 4-7, cuando al describir su pueblo, con situaciones cuya actualidad nos sorprende por su parecido y semejanza, nos hace preguntarnos por esa inserción nuestra que -en más de dos mil años- no parece haber sido capaz de modificar una realidad tan vieja como la humanidad, la injusticia insolidaria. Un lugar que no puede ser solamente visto desde arriba, como Zaqueo (Lc 19, 4), en un intento por dominar mas y mejor la situación ya que esta posición nos ayuda a una visión general pero nos distancia de la realidad y necesitamos que Jesús nos invite a mirar desde abajo, como el samaritano¹³ (Lc 10, 25 y ss), como Lázaro (Lc 16, 19), para poder encontrarnos con su mirada, con su punto de vista, desde el pesebre, desde lo pobre, desde abajo, desde lo humilde y sencillo.

— Nosotros, hemos de tener también un punto de vista parcial para ver la realidad, un lugar desde el que nos situamos para mirar, vivir y transitar, pero ¿cual es nuestro lugar? ¿Como conjugamos ese lugar, nuestra vida cotidiana en nuestras comunidades y parroquias y diócesis, con el texto de Mt 6, 19-34, acerca de los que eligen ser pobres?

Canto

4º Misterio: La Presentación de Jesús en el Templo

“...Cuando llegó el día fijado por la Ley de Moisés para la purificación, llevaron al Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor...” Lc 2, 22)

Reflexión

11

J. Libanio, “*Impactos de la realidad socio-cultural y religiosa sobre la Vida Consagrada desde América Latina*” en *Pasión por Cristo. Pasión por la humanidad*. Congreso Internacional de la Vida Consagrada, Ed. Claretiana – Publicaciones Claretianas, Buenos Aires, 2005.

12

13

El ejemplo del samaritano y de la samaritana junto al pozo de Jacob, son dos modelos que sirvieron para la reflexión acerca de la Vida Consagrada en el documento de trabajo preparado para el Congreso Internacional celebrado en Roma del 23 al 27 de noviembre de 2004.

Enseñar Dios a los hombres

Este misterio de la Presentación del Niño Jesús nos recuerda a María ofreciendo a su hijo primogénito al Señor, poniéndolo en su presencia, iniciando de ese modo otro encuentro, el de Jesús con el mundo religioso de su tiempo. Ofrece lo mismo que los pobres, dos tórtolas y la devoción popular condensó este momento en la advocación de la Candelaria, con la vela y la cestita con dos palomas.

Para nosotros presentarnos ante El es también descubrir la presencia de Dios en el mundo, percibir como Dios se nos acerca cuando nos acercamos. Es ofrecer nuestra vida, nuestra pobreza y dejar que El la convierta en un ejemplo del poder vivir sin tantas cosas.

Es, recordando lo que decíamos antes, descubrir que la otra orilla, que el desierto por el que muchas veces caminamos y caminan los otros es también un mundo con un deseo profundo de lo sagrado pero que lucha con una invasión secular también profunda, en una continua búsqueda de Dios frente a un esfuerzo continuado por borrarlo de la vida pública y reducirlo al ámbito de lo privado, como si se tratara de un hobby personal.

De alguna forma es una constatación de aquello que el Papa Benedicto XVI, señalaba en una entrevista concedida tras el atentado del 11 de Septiembre contra las Torres Gemelas cuando decía que la sociedad de hoy *“...busca algo religioso, algo religioso que dé cierta satisfacción, porque el hombre tiene este deseo de encontrarse con... una esperanza que las cosas materiales no pueden dar. ... ésta es realmente una gran tendencia de hoy: separarse de la necesidad de fe, de un sí concreto... por un sentimiento satisfactorio, ... que me da un poco de respiro, pero que por otro lado no exige mi compromiso. Por un momento puede ser algo muy bello encontrarse con esto..., pero sin un compromiso mío, sin una respuesta mía, se transforma también en algo vacío, una auto-satisfacción en la que al final el yo permanece en la cárcel del yo... [Ya que] diciendo «Dios sí, o tal vez incluso Cristo sí, Iglesia no» se crea un Dios, un Cristo según las propias necesidades y según la propia imagen. Dios ya no es realmente una instancia que está frente a mí, sino que se convierte en una visión mía, que yo tengo, y por lo tanto responde también a mis ideas. Dios se convierte en una verdadera instancia, un verdadero juez de mi ser, por lo tanto también en la verdadera luz de mi vida, si no es sólo una idea mía, sino si vive en una realidad concreta, si verdaderamente se sitúa ante mí y no es manipulable según mis ideas o deseos. Por eso separar a Dios de la realidad en la que Dios está presente y habla a la Tierra quiere decir no tomar en serio a este Dios, que se hace por lo tanto manipulable según mis necesidades y deseos...”*¹⁴.

En esa orilla, en este mundo al que tenemos que llegar tras atravesar el mar revuelto o el desierto, es en el que tendremos que anunciar la Buena Noticia, desde ese triple fundamento de nuestra Vida Religiosa: **la Experiencia fundante de Dios, la Vida en comunidad y la Misión**. Hasta que llegemos a la orilla tendremos que tener paz y esperanza, porque El camina a nuestro encuentro sobre las aguas. Cuando las aguas estén calmadas pescaremos, recordando la homilía de inicio de pontificado de Benedicto XVI, cuando nos decía y se decía a sí mismo, recordando su misión, como *“...también hoy se dice a la Iglesia y a los sucesores de los apóstoles que se adentren en el mar de la historia y echen las redes, para conquistar a los hombres para el Evangelio, para Dios, para Cristo, para la vida verdadera. Los Padres han dedicado también un comentario muy particular a esta tarea singular. Dicen así: para el pez, creado para vivir en el agua, resulta mortal sacarlo del mar. Se le priva de su elemento vital para convertirlo en alimento del hombre. Pero en la misión del pescador de hombres ocurre lo contrario. Los hombres*

vivimos alienados, en las aguas saladas del sufrimiento y de la muerte; en un mar de oscuridad, sin luz. La red del Evangelio nos rescata de las aguas de la muerte y nos lleva al resplandor de la luz de Dios, en la vida verdadera. Así es, efectivamente: en la misión de pescador de hombres, siguiendo a Cristo, hace falta sacar a los hombres del mar salado por todas las alienaciones y llevarlo a la tierra de la vida, a la luz de Dios. Así es, en verdad: nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida. Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida...”

Por eso recordábamos en el primer misterio que “...nuestra misión no consiste en decir muchas palabras, sino en hacernos eco y ser portavoces de una sola Palabra...” la de la Buena Noticia. Pero a veces nos da como vergüenza, y como nos recordaba el Papa “...muchos señalan la tentación de pensar con respecto a los demás de esta manera: Pero, ¿Por qué no los dejamos en paz? Tienen su autenticidad, su verdad. Nosotros tenemos la nuestra. Por tanto, convivamos pacíficamente, dejando a cada uno como es, para que busque del mejor modo posible su autenticidad. Pero, ¿Cómo podemos encontrar nuestra autenticidad si realmente en lo más profundo de nuestro corazón existe la expectativa de Jesús, y la verdadera autenticidad de cada uno se encuentre precisamente en la comunión con Cristo, y no sin Cristo? Dicho de otra manera, si nosotros hemos encontrado al Señor y si el es la luz y la alegría de nuestra vida, ¿estamos seguros de que a quien no ha encontrado a Cristo no le falta algo esencial y de que no tenemos el deber de ofrecerle esa realidad esencial? Luego dejemos al Espíritu Santo y a la libertad de cada uno lo que suceda. Pero, si estamos convencidos y tenemos la experiencia de que sin Cristo la vida es incompleta, de que falta algo, la realidad fundamental, también debemos estar convencidos de que no cometemos ninguna injusticia contra nadie si le mostramos a Cristo y le ofrecemos la posibilidad de encontrar así también su verdadera autenticidad, la alegría de haber hallado la vida...”¹⁵, y esto es presentar al hombre de hoy ante Dios.

Un hombre de hoy que necesita una ética de la vida y de los derechos de todos y de todo y que le haga poderse enfrentar con una anti ética o anticultura de la muerte que defiende el aborto, que permanece impasible frente a las enfermedades endémicas como la malaria, el sida, la proliferación descontrolada de armas cada vez mas destructivas y el hambre en un mundo cada vez mas capaz de producir más y mejores alimentos. Por eso en este mundo tan ambiguo, en el que nada parece valer y todo vale “...nuestra fe debería ser una vez más el perfume que conduce a las sendas de la vida. En el momento de su sepultura, comienza a realizarse la palabra de Jesús: « Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, dará mucho fruto » (Jn 12, 24)...”¹⁶.

Y de vuelta, todo esto nos lleva a insertarnos en una realidad que desde el punto de vista religioso, cree en Dios aunque de una manera diferente como lo hizo antes, ya que al mismo tiempo encontramos a grupos que piensan que:

- Se puede creer y pertenecer a la Iglesia, con todo lo que pertenecer implica de compromiso y seguimiento.
- Se puede creer en lo que se enseña sin pertenecer a la Iglesia
- Se puede pertenecer a la Iglesia sin creer en lo que enseña¹⁷.

Adaptarnos a este mundo cambiante sin perder lo esencial es el reto que se nos presenta. Un adaptarnos que exige

¹⁵ **Benedicto XVI**, Discurso a los presbíteros y diáconos de la diócesis de Roma, *Basilica de San Juan de Letrán* Viernes 13 de mayo de 2005

¹⁶ Agencia Zenit, **Benedicto XVI**, Est. 14 Vía Crucis 2005

¹⁷

Fortunato Mallimaci, La Iglesia católica en tiempos de Kirchner.

de nosotros capacidad de escucha y de anuncio, puesto que es cierto que *“existe la necesidad de anunciar, hablar, pero también de escuchar. Y me parece que esto es importante, en dos sentidos. Por una parte, el sacerdote, el diácono, el catequista, el religioso, la religiosa, deben anunciar, ser testigos. Pero, precisamente por esto deben escuchar, en dos sentidos: por una parte, con el alma abierta a Cristo, escuchando interiormente su palabra, a fin de asimilarla de modo que transforme y forme mi ser; y, por otra, escuchando a la humanidad de hoy, al prójimo, al hombre de mi parroquia, al hombre con respecto al cual yo tengo cierta responsabilidad. Naturalmente, al escuchar al mundo de hoy, que existe también en nosotros, escuchamos todos los problemas, todas las dificultades que se oponen a la fe. Y debemos ser capaces de tomar en serio esos problemas... sabemos bien que para la gente de hoy el lenguaje de la fe a menudo resulta lejano; sólo puede resultar cercano si en nosotros se transforma en lenguaje de nuestro tiempo. Nosotros somos contemporáneos, vivimos en este tiempo, con estos pensamientos, con estos afectos. Si está transformado en nosotros, puede encontrar respuesta”*.¹⁸ Es decir, que tendrá que pasar por el corazón para poder empaparse en esa esperanza que debe abundar en nuestra vida y desde ahí recibir nuestra respuesta de fe.

Y no se nos olvide nunca *“...nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida...”*.

Canto

5º Misterio: El niño Jesús perdido y hallado en el Templo

“...Cuando el niño cumplió doce años, subieron como de costumbre a Jerusalén y acabada la fiesta, María y José regresaron, pero Jesús permaneció en Jerusalén sin que ellos se dieran cuenta. Creyendo que estaba en la caravana, caminaron todo un día y después comenzaron a buscarlo entre los parientes y conocidos...Al tercer día, lo hallaron en el Templo, en medio de los doctores...Al verlo sus padres quedaron maravillados y su madre le dijo: Hijo mío ¿por qué nos has hecho esto? Piensa que tu padre y yo te buscábamos angustiados. Jesús les respondió: ¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?”. Ellos no entendieron que les decía...” (Lc 2, 42-44. 48-50).

Reflexión

Estar en las cosas del Padre. El profeta tiene que saber y, como dice Bernanos, *“atreverse a decir la verdad entera, es decir, sin añadirle el placer de hacer daño”*, lo cual no resulta tampoco fácil, porque errar es de humanos y somos tan inclinados a sentirnos el centro de las cosas y uno acaba preguntándose si realmente no caemos en la tentación de *“tener que decir, por obligación, siempre alguna palabra fuerte, alguna denuncia”* y si no estaremos cayendo en el juego de los medios, que buscan siempre tapas para sus informaciones. Acercarnos a la realidad, vivirla, sentirla y tocarla debe conducirnos a denunciarla y criticarla, pero siempre desde las actitudes de Jesús, como el Samaritano, que no critica despiadadamente a quienes no socorrieron al herido, no pregunta, simplemente le ayuda y consuela (Lc 10, 25-37). Su acción habla por sí misma.

En este nuevo camino que vamos transitando nos podemos dar cuenta que la VR, nuestra Congregación y nuestra Provincia ya hizo algunas cosas en este Post-Concilio. Cuando nos dimos cuenta que teníamos que adaptarnos, comenzamos por hacerlo con nuestras Constituciones, después empezamos a abrirnos a un mundo del que nos habíamos apartado y comenzamos a descubrir a Dios en medio de ese mundo, del que habíamos huido. Nuestros compromisos con ese mundo, donde debíamos ser levadura, nos llevaron al abandono de nuestros

¹⁸ Benedicto XVI, Discurso a los presbíteros y diáconos de la diócesis de Roma, *Basílica de San Juan de Letrán* Viernes 13 de mayo de 2005

hábitos, que nos distinguían, a la apertura de nuestras comunidades para que pudiéramos compartir con otros, al abandono de obras apostólicas que podían llevar los laicos, a la inserción y a la inculturación de nuestras vidas en medio de ese pueblo. Pensamos que de ese modo comenzaría un resurgir de la VR, pero en realidad no fue un resurgir tan grande como esperábamos, es más tuvimos salidas, bastantes, y entradas, pocas o al menos no tantas como para cubrir las necesidades que iban surgiendo, y empezamos a envejecer y a preocuparnos por el futuro.

¿Por qué nos sucedió esto? ¿Dónde fallamos en nuestra previsiones si lo que hicimos, se hizo después de un largo proceso de discernimiento, dialogo y análisis de la realidad? ¿Tal vez fallamos en nuestros planteos?, posiblemente, porque cambiamos en lo accesorio, en nuestras estructuras pero se nos pasó por alto algo más esencial, la finalidad de lo que hacíamos quedándonos solo en el cambio de cómo lo hacíamos o de quienes lo hacíamos, pero olvidando el fin, ya que como nos dice O'Murchu debemos “...reflejar las más profundas aspiraciones del espíritu humano de libertad, amor y justicia. Debemos estar en el mundo sin ser del mundo. Debemos ser críticos de la sociedad en la que existimos desde la perspectiva del evangelio y para el provecho de los pobres y los oprimidos...”¹⁹.

Un cambio, por ejemplo, que nos invite de verdad a hacer realidad lo que decíamos antes, *ser artesanos de nuestra vida* dando rienda suelta a nuestros *sueños de comunión, de hermandad inclusiva* y no exclusiva, de olvidarnos del pronombre “ellos” y utilizar solo “nosotros” armando *nuevas relaciones de fraternidad* que nos saquen del cautiverio de nosotros mismos. Es comenzar a sentir que el Espíritu durante años fue dándonos piezas del puzzle y que ahora nos pide que nos sentemos a armar con otros, pero sin prestarnos las piezas, sino dándonos, poniéndolas en juego realmente.

Hna. Joan Chittister, o. c., quien cita a **Diarmuid O'Murchu**, y su obra «*Religious Life: A Prophetic Vision*» cuando afirma que en la discusión sobre la utilidad de la Vida Religiosa este autor “...se basa en la evolución histórica de la vida religiosa y en la naturaleza de los conceptos de ciclos de vida institucional (muy en boga entre religiosos de Estados Unidos). Subraya otras tres dimensiones que están más relacionadas con la situación actual de la vida religiosa y dice que para ser efectiva ha de ser arquetípica, de vanguardia y profética. Es decir, debe reflejar las más profundas aspiraciones del espíritu humano de libertad, amor y justicia. Debe estar en el mundo sin ser del mundo. Debe ser crítica de la sociedad en la que existe desde la perspectiva del evangelio y para el provecho de los pobres y los oprimidos. La vida religiosa depende mucho más de la finalidad y los valores del grupo que de las meras estructuras. No es posible renovarse sin cambiar: pero se puede sin renovación...”

Y en esto tendremos que estar alertas porque no todo cambio será bueno por el hecho de ser novedoso ya que será *“...necesario tener la sinceridad y el coraje de reconocer que no toda novedad ni toda propuesta diferente ya por sí es un llamado del Espíritu. Ella es siempre «tentación», en el sentido bíblico de la palabra. Es decir: es siempre prueba, oportunidad de someter a juicio lo viejo y discernir lo que Dios quiere de nosotros en el momento presente (cf 1 Ts 5, 21; Fl 4, 8)...”*²⁰

Otra de las cosas a tener en cuenta en nuestro camino es el miedo. En todo lo anterior hemos ido viendo como el miedo se ha convertido en un signo de este tiempo y casi sin quererlo vamos camino de ir fortaleciendo una sociedad del miedo. En el caso de la Vida Religiosa también nos ocurre lo mismo, solo que deberíamos no tener miedos porque nosotros siempre fuimos la vanguardia de la Iglesia, la avanzadilla en la acción del Espíritu Santo y a lo largo de los siglos, en muchas ocasiones, germen y semilla de nuevos modos de vivir la fe y concretarla en el mundo, de construir iglesia y si lo que va delante, abriendo caminos, tiene miedo, no podremos realizar nuestra misión. Pero, por desgracia, hoy tenemos miedo también en la Vida Religiosa, en nuestras congregaciones, en nuestras posiciones pastorales, en nuestras comunidades, son miedos distintos, pero miedos al fin y al cabo.

Este mundo en cambios nos da miedo como da miedo el ogro de los cuentos o la oscuridad en la noche, aunque sabemos que no nos queda otra que dormir a oscuras y confiar en que no se haga realidad el cuento, tener esperanzas de llegar al nuevo día. Bien, nosotros estamos en esa noche, no vemos muy bien los contornos y la luz no es mucha, y en nuestra imaginación está el ogro de los cuentos, el mundo y sus tentaciones, nuestra vida y sus incoherencias, ¿llegaremos al nuevo día? Dependerá de nuestras esperanzas, de nuestra fe y de nuestra confianza.

Hay miedo al compromiso, hay miedo a la revisión de posiciones o de nuestra propia vida, hay miedo al pensamiento, al disenso, a la diversidad. Aunque tratamos de disimularlos, de no aparentar ese miedo, está. Hay miedo a diluirnos en la masa si nos mezclamos del todo, de perdernos en el todo cuando escasean las vocaciones, pero tendremos que superarlo porque si *“la sal se vuelve sosa...”*. Somos más como la *“levadura en la masa”* de la que nos habla el Evangelio. Un diluirnos si el Espíritu lo quiere, en cuanto a formas externas pero nunca diluirnos en nuestro papel en la Iglesia, en numero de personas pero nunca en calidad. Desgraciadamente, vamos consiguiendo lo primero y sin darnos cuenta hemos conseguido lo segundo, diluimos en nuestra identidad y calidad.

Históricamente la VR fue siempre como “*una piedra en el zapato*” de la Iglesia, la que continuamente recordaba, con su vida, desviaciones y avances, la que respondía valientemente a las incoherencias con nuevas formas de vida, con planteos radicales, pero hoy casi nos hemos diluido en nuestro papel concientizador y recordador de nuestras desviaciones y nuestros avances como Iglesia. Nos falta valor, no solo a nosotros, sino a la Iglesia entera. Somos muchas veces obsecuentes por delante y muy proféticos por detrás, pero por que no probar a ser profetas siempre. Santa Catalina de Siena se plantó delante del Papa y le dijo más de cuatro verdades y nosotros hoy no nos atrevemos a hacerlo ni con la superiora o el superior a veces, si no es en una discusión más bien acalorada. En este sentido es cierto lo que nos dice Mercedes Navarro cuando señala “*que el miedo ha podido más*”²¹ y si queremos reubicarnos en esta nueva eclesialidad emergente de todos estos cambios tendremos que revertir la situación.

Y hacer esto no significa volver atrás y encerrarnos en nuestras congregaciones, posiciones o casas “*por miedo a los judíos*”²². Tendremos que dejar que el Espíritu nos empuje a encontrarnos con todos esos pueblos, a expresar nuestra esperanza, a dar razón de nuestra fe en multitud de lenguas y si realmente, sabemos hacerlo desde ese Espíritu, todos nos entenderán, porque hablaremos al corazón. Nuestro problema hoy es que hablar, hablamos pero como Galeano nos decía, nuestro hablar “*rasca y rasca mucho y rasca muy bien, pero rasca donde no pica*”²³, y tendremos que empezar a dejarnos zarandear por la vida de tanta gente nuestra que sigue necesitándonos en medio de ellos y podamos “*rascar precisamente donde pica*”. Si vivimos realmente nuestra consagración, nuestra entrega generosa algo se nos notará.

No somos funcionarios por lo tanto, sino iconos vivientes, signos vivos de una vida entregada a Cristo, dada a Cristo para tener vida y sentirnos vivos. Todo lo que hacemos lo hacemos bien, pero lo importante es ser consagrados, eso es lo que tenemos que hacer mejor que nada, aunque nos parezca que al hacerlo no hacemos nada. Nos hemos formado mucho y bien, pero al hacerlo tal vez hemos ido olvidando lo que somos, como aquel Bastián de *La Historia interminable*, la obra de Michel Ende, que a medida que quería salvar el mundo de la fantasía se iba quedando sin sueños, sin fantasía, olvidando cual era su objetivo final, salvar los sueños y la fantasía. Habrá que soplar en las brasas, como nos recordaba la Hermana Joan Chittister en su obra “*Fuego en las cenizas*”, rebuscar en las cenizas aun calientes para soplar sobre ellas y dejar que contagien su calor a las pequeñas ramas que nos rodean y que nos piden fuego, pero ¿cómo dar fuego, si solo pensamos que tenemos cenizas?

Muchas veces se nos olvida que nuestra entrada en la vida religiosa, no fue un apartarnos del mundo para olvidarnos del mundo, sino para meternos más profundamente en el. Para estar en las cosas del Padre. En

21

Cfr. Mercedes Navarro Puerto, en “*Los votos en la nueva eclesiología de la comunión*”, en Rev. Latinoamericana de Teología, n 279, cuando ella dice acerca de los controles y el miedo como “*he podido ver trabajos provinciales llenos de energía y creatividad para la reestructuración de comunidades y obras apostólicas, que han sido neutralizados por nombramientos de provinciales inseguros/as, medrosos/as, conservadores/as... De esta manera teoría y práctica acaban en direcciones contrarias. Como si diera mucho miedo la posibilidad de tomarse en serio la teoría, por si acaso hay quien se lo cree de verdad y pretende llevarlo a cabo... El efecto es más perjudicial de lo que parece, pues deja un profundo malestar en quienes habían confiado y esperado en las formulaciones teóricas, en quienes habían colaborado en los trabajos tanto como en la reflexión; alienta el pasotismo de quienes piensan que para qué tanto esfuerzo; y refuerza la división entre la teoría y la práctica, alejando de la vida real la posibilidad de concretar los ideales. En estos casos el miedo también ha podido más*”.

22

No podemos ser peregrinos al cielo si vivimos como fugitivos de la ciudad eterna, si disociamos nuestra santificación de los compromisos sociales, **NMA 74.**

23

“El pastor Miguel Brunn me contó que hace algunos años estuvo con los indios del Chaco paraguayo. El formaba parte de una misión evangelizadora. Los misioneros visitaron a un cacique que tenía prestigio de muy sabio. El cacique, un gordo quieto y callado, escuchó sin pestañear la propaganda religiosa que le leyeron en lengua de los indios. Cuando la lectura terminó, los misioneros se quedaron esperando. El cacique se tomó su tiempo. Después, opinó: Eso rasca, y rasca mucho, y rasca muy bien. Y sentenció: pero rasca donde no pica” E. Galeano “*El libro de los abrazos*”, pag 16..

ocasiones parecemos tomateras trasplantadas a lo alto de una heladera, donde no hay tierra y nuestras raíces se secan y necesitamos desarrollar imanes para poder agarrarnos a algo y esto nos provoca en el fondo una profunda insatisfacción, que no sabemos llamar pero que padecemos y sentimos, como un vacío, como un “*no se qué que aletea en el alma*”. Es la insatisfacción que surge ante los destinos, ante las posiciones apostólicas, ante nuevos retos que pueden surgir, etc., y que nos provoca como un sentimiento de haber perdido “*el amor primero*”, las ganas y el empuje que tuvimos al inicio. En realidad creo que esto nos ocurre porque necesitamos raíces, nutrirnos de nuestra tierra, de nuestra vida como pueblo del que formamos parte, necesitamos alimentar nuestra fe con los nutrientes de la vida en la que vivimos. Todavía miramos con ciertas sospechas a aquellos que al insertarse establecen lazos con aquellos con quienes caminan y se nos olvida, quizá, que somos llamados por Dios de entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo para enseñarles a mirar la vida con otros ojos, después de aprender a mirarla nosotros y aprendiendo a hacerlo junto a ellos. No somos como ángeles voladores en el cielo tocando el arpa. Tendremos que aprender a buscar esas pequeñas raíces y dejar que ahonden en la tierra, y como las papas o el maíz dejar que fructifiquen, que se multipliquen y den origen a otros, que contagiados quieran hacer lo mismo.

Canto

A modo de epílogo podemos preguntarnos ahora cuáles son los desafíos pastorales que nos plantea la evangelización de esta nueva sociedad en este Octubre Misionero Claretiano, en este Centenario que como Provincia celebramos, o como llevar la buena noticia del Evangelio al hermano dando testimonio de nuestra fe e invitar al otro a hacer lo mismo con su fe, cambiar el mundo en algo más fraterno, más humano, más libre.

Para eso creo que necesitamos:

- **Sabios**, en el sentido amplio de la palabra, no sabihondos. Gente que sepa la vida y que desde ese saber pueda acompañar a la reflexión de una manera sencilla y coherente. Me explico, hemos tenido muchos intelectuales inteligentes que sabían mucho de cada vez menos cosas, muy capaces de investigar pero poco capaces para acompañar a los otros a encontrarse con Dios en un mundo de dioses. Necesitamos gente que desde su profundo conocimiento pueda explicar a los niños el Misterio de un Dios hecho Hombre que nos libera y nos ama, invitándonos a hacer lo mismo. Personas que lleven a Dios y hacia Dios desde la vida propia, desde su propio encuentro con Dios.
- **Expertos y Apasionados en y por la Humanidad**, insertos en un mundo que necesita de nosotros aunque aparentemente nos rechace. Un mundo que hemos de conocer profundamente para entender las claves de un mundo mejor. Esto nos exige más trabajo, más estudio, más información y después más reflexión. Es el libro de la Vida, la otra Palabra de Dios que hemos de escuchar y saber leer.
- **Fuertes en la debilidad**. Como nos explica Pablo, conscientes de ser vasijas de barro en las que llevamos un gran tesoro. Sin arrogancias, sin flojeras, constantes y coherentes con nuestra vida. Sin poder, como quien sirve, porque para eso estamos, para servir.
- **Constructores de fraternidad** en un mundo salvaje y egoísta. Artífices de la Paz en un mundo de la guerra.
- **Buscadores de fronteras** Buscar las fronteras, sin miedos, de edades, limitaciones, etc. mas viejo era Abraham y lo hizo, mas limitado era Moisés y lo hizo. Para encontrar lo nuevo hay que atravesar el desierto de la seguridad. Abandonar los cantaros e ir al pozo (Jn 4, 1-26), arrimarse a la zarza que no se quema (Ex 3, 1-6), como muchos que siguen creyendo contra toda esperanza en este mundo y preguntarnos porque no se queman, como nosotros nos quemamos muchas veces, admirarnos del hecho y ahí encontramos con un Dios que se nos revela como Gracia en la desgracia.
- **Testigos de la Resurrección**, con todo lo que conlleva en la propia vida personal de vivir resucitados, de triunfar sobre nuestras muertes cotidianas, que son nuestras falencias.
- Una **vida fuerte de oración y compromiso**, estar en lo herido de Dios del Mundo y convertir esta herida en fuente de gracia y sanación, restaurar lo herido de Dios del mundo, como el Samaritano.

Constructores de humanidad, dentro y fuera, hacer humanidad donde no existe sino selva.

- **Abandonados en Dios** y por eso **sin futuro propio**, porque nuestro futuro, es el futuro que Dios quiera, estamos abandonados a la hora de Jesús. Nuestro apoyo tiene que estar en Dios no en las cosas, por eso cuando hablan de peligro, desaparición, o pérdida de sentido no podemos callar, ya que mientras sigamos apasionados por Cristo, nos veremos impulsados por Él a apasionarnos por la Humanidad. Ese será el sentido nuestro existir, hacer nuestra la Pasión de Cristo por la Humanidad.

Consagrados a Cristo, dedicados por entero e integralmente, no es un voluntariado a tiempo parcial o con un compromiso a medias. La comunidad es nuestra referencia, nuestro "campo de entrenamiento" no un hotel barato.

- **Apropiarse**, esto es, respetar, conocer y comulgar con el otro. La apropiación no es de la categoría de la fusión sino del encuentro. Es verdadera en cuanto respeta a la diferencia y es un convertirse a "*estar con vosotros*", la misma promesa de Cristo a los discípulos: "*Yo estoy con vosotros todos los días hasta que el fin del mundo*" (Mt 28,20). Nos permite respetar al otro y la diferencia, conocer lo que es esencial para él, aprender la identidad del otro, recibir la alegría del compartir, comulgar con el otro y siempre integrando nuestras ignorancias y nuestras incomprensiones del otro, así como nuestras resistencias al encuentro. No podemos pretender serlo todo. La apropiación es posible solo si el diálogo integra nuestras limitaciones.